

Capítulo IX

“En la Puerta del Horno se Quema el Pan...”



Eran los años 1960 y la nación norteamericana estaba en tumulto; había tensión racial, un estado de descontento y una guerra en progreso, que me iba afectar.

Logré un internado en el Hospital General de San Joaquín. Por aquellos tiempos, nos enorgullecíamos de obtener el más riguroso y menos remunerado internado posible, mientras que el entrenamiento fuera excelente. Creíamos aprender Medicina por el método más sacrificado y exigente. Muchos de nosotros dudábamos de los hospitales particulares, porque no nos darían directa responsabilidad para el tratamiento de los pacientes; no seríamos considerados verdaderos doctores, sino todavía estudiantes. De manera que elegí Stockton, una inmensa área de cultivo en California donde el hospital era bien conocido por su entrenamiento, y en el cual uno estaba a cargo de los pacientes guiados por los profesores de Medicina. Eso se adaptaba a mi persona. *¡Here I come, California!* como decían durante la fiebre del oro en 1840.

El internado era casi repetitivo, una copia de mi cuarto año en la escuela de Medicina. Los graduados de Saint Louis trabajábamos con los recién egresados de otras escuelas médicas de todos los Estados Unidos y estábamos tan capacitados como cualquiera de ellos. Otra razón por la que yo fui a este hospital, era para estar junto a mi amigo Harry Owens, quien era un profesional altruista, exigente trabajador y con los mismos ideales que yo aspiraba.

En Stockton comencé a ver los problemas sociales de los trabajadores del campo, que componían el noventa por ciento de nuestros pacientes.

Esto era diferente de Saint Louis. Mi español, que no lo había hablado por mucho tiempo se me había olvidado algo y acá tenía la oportunidad de usarlo.

Los problemas sociales de la gente mestiza, indohispana, o los mexicanos eran diferentes a los de los pobres de Saint Louis, porque esta gente trabajaba duramente, pero sus ingresos eran miserables y sus condiciones sociales deplorables. Muchos eran braceros (gente que venía de México con permiso para trabajar en el campo), ilegales, y transeúntes. Sentía casi como si estuviera en el Perú. La sala de emergencia estaba llena de gente con diversas lesiones y enfermedades típicas en las grandes áreas de cultivo. Una vez un “mexicano”, por equivocación había tomado un trago de un pesticida letal, pensando que era agua, pero cuando llegó a la emergencia ya era demasiado tarde. Tratamos de salvarle la vida durante varias horas y no pudimos hacerlo. Su esposa y sus numerosos hijos preguntaban por él. Cuando les dije que había fallecido, yo sabía que quedarían solos en este país extraño; sin nadie que pudiera cuidar por ellos. Yo veía la angustia en la cara de la madre, y me hacía recordar a mi madre cuando mi padre nos dejó solos en Iquitos.

En aquellos días, los “mexicanos” y los “mexico-americanos” tenían muy poco conocimiento de sus derechos, eran gente humilde y apreciaban todo lo que se hacía por ellos.

Teníamos residentes en las diferentes especialidades del Hospital General de San Francisco que solían venir a ver y escoger interesantes casos de cirugía para su entrenamiento. Estos doctores veían a la mayoría de pacientes de habla inglesa y me daban a todos aquellos que hablaban español, haciéndolo de una manera despectiva. Esto me fastidiaba mucho, y yo deliberadamente hablaba inglés a los pacientes de habla hispana, incluso a veces usando traductores. Yo sabía que esta gente merecía el cuidado de esos especialistas y no de un interno como yo. Debido a mi sensibilidad estos residentes captaron mi mensaje y esta práctica cesó.

El Hospital San Joaquín tenía un internado sumamente ocupado y con paga adecuada, pero yo tenía todavía que hacer trabajos nocturnos en emergencia para cubrir mis deudas de la escuela. Acá teníamos casa y comida, mis hijos estaban felices y mi esposa, esperando a nuestra tercera y única hija.

Por años, el *selective service* había estado detrás mio para reclutarme en el ejército americano. En Provo, tan pronto como cambié mi visa de estudiante por la de residente, me llevaron a Salt Lake City para mi examen físico y clasificación militar, hasta dormí en las barracas del ejército. Se necesitaban soldados para el conflicto de Corea, y yo iba a ser uno de ellos. Sin embargo, me clasificaron “4F” debido a mi sordera parcial en el oído derecho, y fui exceptuado del servicio militar a fines de los 1950.

El conflicto de Vietnam empeoraba en la década de los años 1960. El ejército estaba reclutando a todos los nuevos médicos, especialmente aquellos que terminaban sus internados, y a los resi-

dentes en entrenamiento. Como yo era un extranjero, previamente descalificado para el ejército como un “4F” y había servido en mi país en un colegio militar, pensé que no me reclutarían para el servicio militar. Los hospitales necesitaban residentes en todas las especialidades y en especial aquellos que no serían llamados al servicio militar durante sus programas de residencia. Debido a mi calificación previa de 4F, yo podía escoger cualquier especialidad, en cualquier hospital.

Yo había escogido una residencia quirúrgica porque estaba seguro que no iba a ser llamado al servicio. ¡Justo!, al término de mi internado recibí una carta del servicio selectivo, preguntándome si estaba practicando Medicina. Respondí, “*Seguro que sí*”, contestaron: “Su estado de 4F ha cambiado a IA y usted está apto para entrar al ejército, dado que lo necesitamos como doctor y no como soldado”. El conflicto de Vietnam no era como la Segunda Guerra Mundial, en la cual yo o cualquiera podría unirse inmediatamente a servir sin ninguna vacilación, tal como yo había visto en aquellas películas de John Wayne y Van Johnson. Todo el que podía evitaba el servicio militar en la era de Vietnam, muchos doctores estaban yendo a Canadá y aquellos que se quedaban, estaban usando sus conexiones con hospitales de prestigio, para salvarse de la conscripción. Algunos entraban en especialidades que eran necesarias para el país y los hospitales escribían cartas en su favor; otros entraban a la Guardia Nacional o al Servicio de Salud Pública y no necesitaban ir a Vietnam. Yo no tenía conexiones y no estaba en un hospital prominente para ser exceptuado del servicio.

Tenía una sola salida, no necesariamente para evitar el llamado militar, sino para usar mis derechos como un inmigrante. Las leyes de los Estados Unidos establecen que si una persona ha servido en

su país de origen —que era mi caso— no necesitaba servir en el ejército americano. Como graduado en un colegio militar en el Perú, y por ley eso era equivalente a haber estado en el servicio militar en este país, incluso nos conferían el rango de militar de reserva. En el Perú generalmente reclutan indígenas con el propósito de alfabetizarlos, y raramente reclutan graduados de universidades o escuelas secundarias. El oficial americano de reclutamiento, dijo: “*¡Que bien! Llamaremos a la Embajada del Perú en Washington y veremos si es verdad!*”.

¡Típico de algunos de mis compatriotas! que rara vez sienten orgullo de la juventud y de sus talentos. Los empleados de la oficina de la embajada, respondieron que no tenían conocimiento de tal ley en el Perú y que yo podía ser reclutado. Me imagino que no se interesaron en mirar los registros de mi colegio militar o sus leyes. El ser reclutado era un problema entre mi país de nacimiento y yo. No era una batalla que yo quería sostener. Yo no sabía que en aquellos días los abogados me hubiesen podido ayudar y además no tenía con qué pagarles. No puse más resistencia y acepté la decisión de mi Gobierno y el Gobierno americano. Los médicos que eran reclutados tenían una estigma de fracaso, como si uno no fuera lo suficientemente bueno para que algún hospital o universidad luchara por una prórroga.

No pude unirme a la *National Guard* ni al *Public Health Service*, debido a que era un extranjero, y yo no sabía que esto era una forma de evitar ir a combate. *No contemplé más modos para evitar el reclutamiento y acepté mi destino con resignación.*

Instantáneamente, me encontré sin trabajo y sin futuro. No sabía qué hacer con mi familia, y ahora tenía tres hijos pequeños. La oficina de reclutamiento, ofreció ayudarme en lo posible para hacer

más llevadera mi vida militar. Podía escoger cualquier rama: el ejército, la armada o la fuerza aérea. Yo recordaba que en el Perú, solamente la clase privilegiada entraba a la Marina y era lo mismo aquí, *¡De modo que pedí la Marina!* Ya me imaginaba un oficial de la naval en esos imponentes buques de guerra en aguas azules. En cierto modo, me gustaba la idea de servir en las fuerzas militares, especialmente en la Marina. Procedía de una familia militar y sería un honor para mí y mi país estar en la más poderosa armada del mundo.

El oficial de reclutamiento dijo: “Bueno, trataremos de ubicarlo en la Marina, pero tomará de seis a ocho meses para chequear su documentación, porque usted es extranjero y tenemos que comprobar sus antecedentes”. Por aquellos días, el comunismo era una amenaza y ellos necesitaban hacer un minucioso escrutinio a todos.

¡Me encontraba en medio de una ciudad agrícola, sin residencia, y con la posibilidad de ir a Vietnam, quizás, para ser una víctima más! En esta guerra controversial el primer médico de la naval que murió en Vietnam fue un graduado de Saint Louis.

De nuevo, la separación e incertidumbre llegaron a mi vida. Tenía que enviar mi familia al Perú, porque no tenía a nadie en este país que pudiera cuidar de ellos, y no sabía qué podría pasarme. Fuimos al pequeño y polvoriento aeropuerto de Stockton y dije adiós a mis tres hijos y esposa, *¡Quizás, por última vez!* La soledad y la desesperación se apoderaron de mí. Me quedé solo y con el gato de la familia. Esa noche, *¡Lágrimas vinieron a mi espíritu!* Nunca me había sentido tan solo sin mi familia que había pasado tantas vicisitudes conmigo. Ahora ellos se iban tan lejos y a una tierra que ni siquiera conocían.

Fui a Bakersfield, California como residente provisional en Medicina interna en el Hospital General de la ciudad, mientras la Na-

val decidía cuándo llamarme al servicio activo. Podrían tomar meses, o peor ser deportado del país si encontraban algún problema, después de todo estábamos saliendo de la era de persecución del *McCarthyismo* y cualquiera sería fácilmente denunciado como comunista.

Yo me entretenía trabajando en emergencias, en horarios nocturnos, de modo que el dinero ya no era problema, pero la incertidumbre y la ausencia de mi familia, ¡*Sí lo eran!* Ocho meses después recibí mis órdenes. Había sido aceptado como teniente en la Naval americana con un rango equivalente a capitán en el ejército o la fuerza aérea y se me ordenó que estuviera listo para presentarme en la Estación Aeronaval de Los Alamitos, en Long Beach para recibir instrucción militar y entrenamiento. Al fin, sabía dónde estaba yendo y mi nueva familia iba a ser la Naval de los Estados Unidos.

Cuánto hubiese deseado que esa guerra hubiese tenido más apoyo popular, o mejor todavía, que hubiese sido como la Segunda Guerra Mundial. Me parecía como si todo lo que había trabajado para obtener, *se quemaba justamente en la puerta del horno*, tal como el poeta peruano, César Vallejo, escribiera en un poema.

De todas maneras nunca pensé ir a Canadá o regresar al Perú tan sólo para evitar el servicio militar en Estados Unidos. Tomé esa decisión como parte de la vida y acepté el reto. Era una nueva experiencia y estaba seguro que había mucho por aprender.